

ECOS DE UN PARAJE ABANDONADO de Huromir

El vehículo avanzaba por la única carretera que daba acceso al valle, el sonido del viejo motor de combustión rompiendo en cada curva la atmósfera tranquila con la que la noche bañaba los alrededores. Quizá en el pasado otros ruidos le habrían acompañado, más vehículos compartiendo la carretera, el sonido de unos niños jugando en alguna de las praderas que aparecían escalonadas a ambos lados, o el retumbar de los altavoces de una verbena en un pueblo cercano. Hoy, en cambio, el sonido era un privilegio de los vivos, y ésta era una zona que llevaba años olvidada, una zona muerta.

«No. Muerta, no. Una zona asediada, sangrada hasta el final, y luego abandonada a su suerte.»

Descartó rápidamente esos pensamientos. No había recorrido tanta distancia solo para sucumbir a la ira cuando estaba tan cerca. Dos curvas más adelante y el cartel, ya ilegible, del término municipal que buscaba apareció, y con él, las ruinas. Casas abandonadas, piedra cubierta de vegetación, y apenas una o dos casas todavía en pie; el resto convertidas en poco más que recuerdos.

Aparcó el coche en el camino de tierra a la entrada de lo que, según las historias de su abuela, era la segunda casa del pueblo. Hoy era la única, abandonada como las demás, pero todavía en pie, como si quisiera mandar un mensaje de desafío *«venid a por mí, venid, que todavía sigo en pie»*.

Bajó del coche y se acercó a la entrada, totalmente cubierta por un abrigo largo, apenas dejando los ojos a la vista, una costumbre para proteger la piel del aire viciado de su mundo. ¿Quién era ella? ¿Por qué hacía esto? Esas preguntas resonaban todo el tiempo en su cabeza. La respuesta a la primera, bueno, era el motivo por el que había venido hasta este pueblo olvidado, ¿no? La de la segunda no era tan sencilla... ¿rebeldía? ¿ira? Posiblemente una mezcla de ambas, unidas a un terrible sentido de la justicia que amalgamaba buenos y malos recuerdos por igual.

Habían pasado muchos años desde la última vez que alguien estuvo frente a esa puerta. La puerta estaba entreabierta, lo que facilitaba su labor. Empujó con fuerza y la puerta cedió, dando paso a un interior oscuro, que en tiempos había tenido luz, una chimenea con leña ardiendo y un aura de hogar del que solo quedaba por recuerdo las marcas del humo en las paredes. Tras unos minutos que parecieron horas, decidió que era el momento de buscar respuestas. Su respuesta, a la pregunta de quién era ella, de cómo encajaba su historia en el mundo que ella conocía.

«Hemos aceptado como nuestras las peores distopías del pasado, y malditos sean todos por aceptarlo como normal. Y una mierda es normal.»

El mundo, su mundo, que se parecía más al planeta Trántor de Asimov que al mundo de contrastes, bosques, ríos y desiertos que se pintaban en los cuadros del pasado. Un mundo tecnológico, donde las ciudades eran los únicos hogares de la humanidad. Un mundo gris y frío, contaminado, en el que la sobre explotación de los recursos había matado muchos de los territorios que rodeaban a los grandes núcleos urbanos, y con ellos, la historia de muchos pueblos que habían sido el precio a pagar por el progreso. Un mundo en el que la información del pasado se guardaba férreamente, y donde la disidencia era castigada. Haciendo acopio de entereza, se obligó a recordar, ahogando las lágrimas antes de nacer. Según las historias de su abuela, esto debería ser un paraíso verde, un valle frondoso, por cuyo fondo bajaba un río de montaña que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Hoy no había apenas agua, y la única vegetación que crecía era la que podía soportar el calor, y se había adaptado para no sucumbir al poder abrasador del día y a las feroces tormentas explosivas.

Frente a los restos de un sofá encontró una estantería en la que algunos libros se habían conservado. Las páginas ajadas se rompían con facilidad, y la mayoría de lo que había sobrevivido allí eran libros sin interés ninguno, otro revés más. Con menos esperanza esta vez, subió al piso superior con paso lento y cuidadoso, acompañada de los crujidos de madera medio podrida. Arriba, la estructura de hormigón y piedra aguantaba todavía, pero una cuidadosa revisión le hizo concluir que no había nada que pudiera ayudarle a responder a su pregunta, solamente una habitación en el altillo, un armario vacío y el somier de una cama desvencijada.

Recordó de nuevo lo que su abuela le contaba sobre esa tierra, que había tenido un nombre que ella había olvidado, algo que empezaba por A, y que era una tierra de contrastes, de gente ruda pero honrada. Recordó a su abuela, y el pasado se le vino encima como un torrente, y esta vez sí, las lágrimas brotaron y las dejó salir. Pudieron ser minutos u horas lo que pasó hasta que se recompuso, volvió a bajar las escaleras y se acercó a la entrada. Sentía conexión con esta tierra quemada y abandonada, y las últimas palabras que le cedió su abuela antes de morir resonaron en su cabeza, como tantas otras veces desde hacía años.

«¿Qué seremos cuando nuestra historia se haya desvanecido?»

La respuesta, dolorosa, llegó a su mente un instante después, como solía pasarle cuando recordaba demasiado.

«No seremos nada porque no quedará nadie. Solo somos otra historia que olvidar, otra perturbación herida y enterrada del orden de las cosas.»

Fue gracias a ese dolor, a ese lapso de tiempo adicional que tardó en abandonar esa vieja casa que se percató de que había un libro caído detrás de la estantería, y curiosa, lo recogió. La portada, descolorida, mostraba una imagen de lo que debían ser árboles, altos, con unas montañas enormes vigilándolo todo. Solo una frase era legible: "...senderos y caminos de Aragón". Su corazón comenzó a palpar con fuerza, su mente inquieta recordando ese

nombre. Abrió el libro y descubrió que tenía más de 100 años, y que incluía mapas con imágenes de lugares cuyos nombres no había pronunciado nadie en generaciones. Era justo lo que buscaba, el catalizador que permitió por fin entender la magnitud de lo que se había perdido, que vinculó las historias de su abuela con un pasado real. Con su pasado.

Por primera vez en años sintió... ¿felicidad?, ¿poder? Sí, poderosa, se sintió poderosa, había conseguido encontrar tras media vida esa vieja casa, empleando las historias que había escuchado contar a su abuela, y que su madre había plasmado en un diario. Y ahora tenía este libro, una prueba de que todos estaban equivocados, de que ese maldito mundo gris y terrible en el que la humanidad ya no tenía un sinfín de culturas, sino una; historia, tan solo una. No era el mundo que debía haber sido. Sintió euforia, y en lugar de tristeza, una enorme paz cuando pensó en su pasado. Había encontrado el principio de una respuesta, y eso era algo por lo que merecía la pena vivir. Gritó, tan fuerte que el eco resonó en las enormes paredes laterales del valle como no había pasado en generaciones.

Tendría su respuesta, y mientras viviera, sus gentes y su historia no se olvidarían, pues donde otros habían fallado, ella se había alzado como una guardiana del pasado que desafiaba, no solo al presente, sino también a su futuro.